

## A LA CUNA DEL SOL DIVINO

(Fragmento)

Llegó el día en que Mílo decidió ganarse a sus detractores y, creyendo que la mejor forma era por medio del *morubixabá*, se presentó un anochecer en la choza de éste con su carretilla, sobre la cual llevaba una pequeña mecedora de madera pulida. El *morubixabá* salió junto con sus dos esposas a recibirle, miró con indiferencia el regalo que le ofrecía el gigantón y, sin mediar palabra, lo rechazó con un ademán despectivo. Mílo esperaba una reacción parecida, así que, sin ofenderse y aprovechando que una de las mujeres del jefe, la más rolliza y madura, se había acercado hasta la mecedora con evidente curiosidad, bajó el mueble de la carretilla con presteza y le pidió que se sentase. Pero ésta no se atrevió, pues, aunque rabiaba claramente por probar aquel raro trono de patas curvadas, la fulgurante mirada de su esposo la convenció de que el castigo que le esperaba, en caso de hacerlo, difícilmente sería compensado por tan eventual placer. Mílo se dio cuenta de la mirada coercitiva del *morubixabá* y, no queriendo comprometer aún más a la pobre toparí, volvió a ofrecerle el asiento al hombre de físico doblado e iracundo. Éste volvió a rechazar el ofrecimiento, pero comoquiera que no acababa de regresar al interior de su choza, y además su mirada se había ablandado un tanto al comprobar complacido que su mujer y el gigante habían comprendido y obedecido el mudo mandato de sus ojos, Mílo volvió a insistirle mientras movía con una de sus manos la mecedora para que se balancear suavemente. Aquello supuso una tentación insalvable para la curiosidad y vanidad del terrícola, el cual, aunque con paso lento y aire de molestia, se acercó a la mecedora. No fiándose de Mílo, que estaba detrás del trono que acababa de regalarle, le hizo apartarse con un gesto de su mano, y luego, con sumo cuidado, procurando no perder su orgullosa altivez de *morubixabá* de la tribu de los toparíes, posó sus magras nalgas sobre el asiento de la mecedora. Permaneció en aquella postura durante unos instantes, sin atreverse a mover ni un solo músculo, observando con atención las miradas de quienes le rodeaban. Pese a que en un principio sólo estaba Mílo, sus esposas y él, para entonces varios vecinos se habían reunido a su alrededor, atraídos por el curioso mueble que hasta allí había

llevado el gigante. Algunos incluso portaban, para mejor ver, unas lámparas muy especiales, consistentes en pequeñas jaulas de cobre en las que tenían encerradas varias docenas de grandes y relucientes luciérnagas hembras. Mílo le animó a que se meciera con un gesto y el *morubixabá*, despacio y tímidamente, impulsó con ambas piernas la mecedora, apoyándose en el respaldo y los brazos de madera. El balanceo consiguiente hizo encogerse un tanto al inseguro hombrecillo, pero, al comprobar que nada le ocurría y que le resultaba agradable inclusive aquel constante vaivén, fue animando paulatinamente el movimiento. Mílo temió que el fuerte balanceo que le estaba dando el *morubixabá* a la mecedora terminara por romperla o derribarla y así quiso hacérselo saber. Pero el terrícola se hallaba contento de poder demostrar de ese modo su valor ante tantos vasallos suyos y no se asustó al ver cómo había momentos en que sus pies no tocaban el suelo, sino que, muy al contrario, aprovechaba aquellos breves contactos para impulsar aún más fuertemente su singular y envidiable trono. Sonreía de placer y los demás toparíes le imitaban, pero llegó el instante terrible que tanto había temido Mílo, pues el vaivén de la mecedora superó el recorrido de las patas justo cuando ésta se hallaba totalmente vencida hacia atrás y el vuelco fue inevitable. El *morubixabá* salió despedido y dio una voltereta completa y de espaldas por el aire, antes de caer de culo en medio del corro de toparíes. Éstos celebraron la espectacular cabriola de su jefe con estruendosas carcajadas y el *morubixabá*, una vez repuesto, se metió en su cabaña indignado, junto con sus risueñas mujeres, oyendo las burlas y el divertido jolgorio de sus convecinos. Mílo, sin embargo, no se alegró de ello. Aunque disimuló una sonrisa al ver la caída del *morubixabá*, sabía que había perdido una buena oportunidad para reconciliarse con él. Por eso recogió en silencio la mecedora y, tras cargarla nuevamente en su carretilla, se la llevó de vuelta a su choza.

© Gerardo Muñoz Lorente